



**RAÍCES**  
**Y SUEÑOS**  
**(IEHA PŪDI)**

**JAIRO RUIZ CHURIÓN**

**Editorial  
Unillanos**







**RAICES**  
**Y SUEÑOS**  
**(IEHA PŪDI)**  
**JAIRO RUIZ CHURIÓN**

**Editorial**  
**Unillanos**



---

**Ruiz Churión, Jairo**

**Raíces y sueños**

Villavicencio: Editorial Unillanos, 2021

p. 400, (14 x 23cm)

Incluye: Índice

ISBN 978-958-8927-58-9

1. Novela colombiana 2. Novela llanera 3. Novela colombiana - Indígenas de Colombia (Llanos Orientales)

CDD Co863.6

Catalogación en la publicación – Biblioteca Universidad de los Llanos

---

**Editorial  
Unillanos**



Primera edición 2021

**Raíces y sueños**

ISBN 978-958-8927-58-9

© **Universidad de los Llanos**

**Coordinación editorial:** Pablo Arciniegas

**Diseño de cubierta y diagramación:** Mario Calderón

**Corrección de estilo:** Andrés Mantilla y Jacobo Carrizales

**Editorial Unillanos**

Calle 40 A No. 28-32 Emporio

editorialunillanos@unillanos.edu.co

www.editorial.unillanos.edu.co

Villavicencio, Meta

**Impresión**

Digital PNK

Carrera 33 No. 34A-103 El Barzal

Villavicencio - Meta

Descargo de responsabilidad: la información contenida en este libro es producto del autor y por consiguiente no compromete la posición de la Universidad de los Llanos. Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier medio, formato o propósito, sin la autorización escrita de la Editorial Unillanos.

# ÍNDICE

<b>Presentación</b> .....	<b>VII</b>
<b>Introducción</b> .....	<b>13</b>
<b>Entre achaguas, chiricoas y caribes</b>	
La ira de Chacuamare.....	15
<b>Primera parte</b>	
<b>Chepe Cavarte</b> .....	<b>19</b>
El príncipe sáliba.....	21
Beato Regis de Guanapalo.....	25
Las sombras de los nuevos espantos.....	29
<b>Segunda parte</b>	
<b>Entre la Trinidad de Duyas y la Concepción de Cravo</b> .....	<b>33</b>
La bienvenida.....	35
Entre el Duya y el Güirripa.....	41
San Miguel de Macuco.....	45
La dinastía Sáliba.....	51
Diego Unda.....	55
Lorenza Unda.....	59
Tame.....	69
El patrimonio.....	73
Los esteros de Caviuna.....	83
Las tolveneras.....	93
Bellodoro Unda.....	101
Chire.....	109
San Fernando de Apure.....	119

### **Tercera parte**

#### **Las Unda ..... 127**

El legado de Diego Unda.....	129
Lorenza Cavarte Mare.....	141
El precio de la libertad.....	153
La nueva generación.....	167
El veranillo de agosto.....	181

### **Cuarta parte**

#### **Guayabal ..... 187**

En el xoropo, una fiesta para recordar.....	189
1825: la cosecha.....	195
Guayabal.....	205
Manifiesto de los destinos.....	217
La leyenda de los sálibas.....	227
Un lugar para descansar.....	239
La escuela Bellodoro Unda.....	251
Lorenza la navegante.....	263
Lo que contaban los bogas.....	275

### **Quinta parte**

#### **Lorenza Tercera Unda de Cordero ..... 277**

El vapor Masparro.....	279
Tribulaciones en la vida de los Unda.....	287
La guerra de los mil diablos.....	305
¡Sabana, sabana!.....	331
¡Ay, Josefina querida del alma mía!.....	341
La historia se repite.....	351
¡Tal como sucedió años atrás!.....	359
El último viaje de Lorenza Tercera Unda de Cordero.....	373
Frente a una realidad.....	379

#### **Epílogo ..... 383**

#### **Glosario ..... 389**



## PRESENTACIÓN

**A**preciado(a) lector(a), es bonito leer un buen libro bajo el rumor de la lluvia llanera...

Qué grato es escribir sobre este libro bajo un techo que armoniza sus páginas llenas de praderas y de historias con el sonido nostálgico del agua. Reflexionar al compás de la lluvia que cae desde un leve río volador que de las nubes retornará al Orinoco, aquel amplio cauce del que provenimos tantos seres y memorias es también el de nuestros hermanos, los sálibas. Cientos de años antes de los jesuitas y de Humboldt, los sálibas remontaron por el Orinoco hasta el Meta y se asentaron inicialmente en la parte superior del costado derecho, pues allí estaban las tierras más fértiles en lo que luego se llamó el Casanare. Huían de los temibles caribes y creyeron hallar sosiego en las llanuras inundables. Según el naturalista alemán Alexander von Humboldt en sus crónicas, los sálibas eran descritos como:

[...] un pueblo sociable, suave, casi tímido y más fácil, no diré á civilizar, sino a subyugar que las otras tribus del Orinoco; se han agregado fácilmente a las misiones de los jesuitas; dichos padres en sus escritos elogian mucho su inteligencia y su docilidad. Los Sálivas tienen mucho gusto por la música [...] Los jesuitas cultivaron con buen éxito el gusto de los sálibas por

la música instrumental; y aun después de la destrucción de la compañía han conservado los misioneros del río Meta en San Miguel de Macua una buena música de iglesia y las escuelas de música para la juventud india. Un viajero, don José Cortés y Madariaga, ha visto recientemente a los naturales que tocaban el violín, el triángulo, la guitarra y la flauta. (*Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Mundo*. Tomo tercero, 1826).

Para los jesuitas y sus sucesores, los dominicos, los sálibas fueron los más “civilizados” de los indígenas de los Llanos. Ese título, si es que merece ser considerado un blasón, se lo debían, explicaban ellos, a su carácter pacífico, a su multilingüismo y a su receptividad hacia las costumbres del hombre blanco. Los indígenas del Orinoco fueron confinados “por su propio bien”, decían ellos, a reducciones y poblados a los que se destinaron los grupos más sedentarios; esa fue una de las raíces que propiciaron el surgimiento de la cepa llanera que ha llegado a dar algunas ramas. Esa población distribuida por los misioneros se constituyó en los núcleos de la organización económica, productiva, social y cultural e integró a grupos de gentes que de a caballo organizaron su subsistencia en hatos, que luego se convirtieron en asentamientos humanos y que tuvieron bríos hasta para ayudar a “libertadores” en sus guerras no solicitadas, núcleos de parientes indígenas y criollos que originarían pueblos como el de Orocué. Gracias al pueblo sáliba se explica un buen porcentaje de los genes de la criollada casanareña, araucana, metense y apureña.

Todo aquel que se considere un verdadero originario del Llano tendrá que reconocer su relación filial con los sálibas, algunos incluso irán más lejos y los señalarán como nuestros bisabuelos; y con la melancolía que surge cuando nos damos cuenta de las vivencias e historias que hemos perdido, entenderemos que ya solo tenemos leves indicios de sus costumbres, que hemos olvidado su lengua y sus tradiciones y, más aún, comprobaremos el terrible sino de la pérdida cuando comprendamos que muchos de los más enraizados de este maravilloso cuerpo de vitalidad cósmica que llamamos sáliba poco a poco también comparten el castigo del olvido.

La lengua sáliba pertenece a la familia lingüística sáliba- piaroa, de la que también hace parte la lengua piaroa y son únicas en Colombia y Venezuela. Un dato de la organización indígena ONIC nos sorprende: la proporción de indígenas sáliba que no hablan ni entienden su propia lengua nativa asciende al 52 %; este bajo número de hablantes indica que la lengua de este pueblo se encuentra en serio riesgo de desaparecer. Sin sus voces habitadas de significados ancestrales, sus genes serán el testimonio que relacionan a los llaneros con la existencia de la música nativa y autóctona; con presagios y augurios representados en cantos de pájaros, en la aparición de serpientes o en el revoloteo de insectos; con la capacidad de los chamanes o brujos de “poner males”; y de los yerbateros o yoperos para visualizar las enfermedades, aliviándolas con plantas medicinales y con el uso del yopo; y de tantas otras tradiciones perdidas en los resquicios del tiempo y el espacio. Sus mayores siempre enseñaron que lo más importante es vivir en paz. De ellos también nos quedan algunos apellidos criollos que han rebrotado como el pasto *guaratara* en las páginas del libro de Jairo Ruiz Churión, leído con deleite bajo el rumor de este aguacero, con el que intento lavar las culpas de generaciones enteras que aceptaron olvidar y perder un poco de nuestra identidad y ser ante la vida.

Hasta hombres del “Llano Total” (como el apureño Duque Melecio Uviedo, que hacen exageración de los modos del llano, la misma que han trasmitido también novelistas foráneos como Rivera o Gallegos) dicen que, al hablar de un llanero, nos referimos a un hombre trabajador, humilde y valiente, que agradece a Dios con una copla en los labios y un paisaje en su pensamiento por haber nacido en esta tierra legendaria de ríos crecidos, toros bravos, vacas mansas arrulladas por los cantos del ordeñador, caballos cerrosos, princesas indias, arpas afinadas y copleros relancinos. Allí la princesa india es un objeto más y la biodiversidad no existe, solo se hallan los rebaños del hombre blanco con esa mirada estereotipada de los salvajes patirrajados que aún campea en los textos que nos describen, en las supuestas mejores páginas que narran estas anchuras ecuatoriales, mismas que aseguran que *pampear* es sinónimo de *pasillanear*, construidas con la mirada feudal o neocolonial, la voz

del amo o la del misionero que nos “salvan”, quizás de nosotros mismos, sin saber por qué. Son estas las voces oblicuas que han narrado nuestra historia. Un suspiro de protesta se impone: ¡En verdad han hecho falta plumas para narrar el territorio del Llano!; una mirada que vaya más allá de los horizontes físicos y contemple los paisajes humanos con otros ojos: los nuestros. Necesitamos de esta mirada parados en nuestros zapatos, o mejor, en nuestras propias cotizas o con la *pata en el suelo*, llena de amor propio y altivez, crítica, pero sin resentimientos, reclamando con dignidad nuestro merecido lugar en el universo.

Estas protestas, poco a poco, se han ido advirtiendo. Jairo Ruiz Churión es un claro referente a ello. Por años, hablando con sus abuelas, con los criollos orocueceños, escudriñando en libros de crónicas secretas, recordando palabras percibidas en el patio de su infancia, ha creado una obra narrativa hermosa tanto en su forma como en su contenido. Ha hecho eco armónico de voces telúricas anónimas y les ha puesto piel, significantes y sueños, ahondando en las raíces llaneras como el que más. Escribió páginas llenas de nostalgia, develando la condición humana en nuestros territorios en diversas épocas de nuestra era antropocena. Sus páginas nos hacen vibrar, al re-considerar nuestros orígenes, nos dan picotazos de identidad, nos reclaman con ironía por nuestra indolencia ante el ADN propio. En fin, son como una súbita tolvanera que nos sobresalta en esta larga noche zombi en la que siempre nos hemos o nos han mantenido. Tenemos entre manos una auténtica novela de alcance universal, construida por personajes de carne y hueso, que cuenta, además, con el agregado de un marco histórico fenomenal. Ya los críticos tendrán tiempo de ocuparse o pre-ocuparse por ella.

Los llaneros, como muchos compatriotas de otros territorios hegemonizados desde afuera, llámense del centro o de la metrópoli globalizante, hemos padecido un mal, ya relatado por famosos escritores, una suerte de peste silenciosa: la del olvido, que es algo así como un mal de Alzheimer telúrico, al cual me he referido en algún poema, que conlleva a un deterioro cognitivo que afecta el desempeño de las actividades de la vida diaria, como aquel proceso malsano que malogra

poco a poco a las neuronas y nos altera funciones mentales como la memoria: a veces olvidamos quiénes somos y de dónde venimos, o perdemos el lenguaje. Hemos extraviado tantas palabras hermosas de nuestros abuelos, y hasta el razonamiento, pues preferimos los foráneos y novedosos, escogemos a los invasores, aunque así nos enajenen el alma. Esta obra es un tónico reconstituyente, un mágico brebaje para la memoria. Ojalá se suministre en dosis apropiadas a los jóvenes despistados y a los viejos olvidadizos. Yo creo, sin dudar, que *Raíces y sueños* o, si lo prefieren en lengua sáliba: *Ieha pūdi*, es una obra que nos dejará una honda huella en el camino de la reconstrucción de la identidad; será canónica en la literatura llanera.

Ha cesado la lluvia, el olor a tierra mojada nos invita a reflexionar, ahora los lectores tienen la palabra.

Con todo aprecio,

**Pedro René Eslava Mocha**

La Campiña, mayo de 2020.



# INTRODUCCIÓN



# ENTRE ACHAGUAS, CHIRICOAS Y CARIBES

## La ira de Chacumamare

Los achaguas habitaban las sabanas planas y bajas del costado izquierdo del gran río Grametha, en grandes poblaciones de calles rectas ubicadas a orillas de caños o ríos para poder navegar y comerciar, aunque con mucho recelo, con diversas parcialidades kari'ña del río de la Serpiente Enroscada u Orinoco; había ocasiones en que se aventuraban hasta la Guayana solicitando protección a los caberres del Atabapo, enemigos acérrimos del caribe.

Los pacíficos achaguas eran muy amigos de los chiricoas quienes, de vez en cuando, por la temporada de las grandes lluvias pasaban por sus aldeas deteniéndose en los conucos a intercambiar y regalarse los productos cultivados pero que al menor descuido les robaban a los achaguas la comida. Chacumamare, cacique de los chiricoas era quien comandaba la partida de salteadores.

A los caribes del Orinoco no les convenía que hubiera esa amistad entre dos naciones tan numerosas por la actividad del comercio de esclavos. Como no podían venderles macos achaguas a los chiricoas, la única manera de acabar esa amistad era exterminando a Chacumamare y a su gente que hacía varias lunas venían merodeando por las sabanas de Cabapune, costado derecho del Grametha.

Los caribes, que eran grandes lenguaraces, enteraron a los achaguas de la guasábara que iba a recibir Chacuumare. Haciéndoselo saber de inmediato a los chiricoas, estos se mofaron pensando que era un ardid achagua para evitar la visita a sus conucos; además, ¿no eran los caribes también sus amigos? ¿De dónde acá, las *cabelleras largas* inventaban tanta basura sobre esa guasábara? Sin embargo, los chiricoas ubicaron vigías por las costas del Grametha pues, como eran buenos merodeadores, conocían las tácticas de los guerreros del Urinoco que, por lo regular, subían por el gran río a las sabanas del Cassanarí hasta el poniente de Marwachare.

Los caribes esperaron doce lunas para llevar a cabo su maligno propósito, con una chispa que encenderían y duraría más de cincuenta años. Atacaron, mas no por donde Chacuumare lo imaginó. Salieron de Atures en sus curiaras de guerra y subieron por el Wichara hasta llegar a Mocco, atravesando las sabanas de Barragua. Sorprendieron por la espalda a los chiricoas originando gran mortandad a la gente que se encontraba con Chacuumare, quien alcanzó a huir junto con su familia y guerreros personales hasta el poniente, donde habitaban otras parcialidades jiwi. Es indescriptible la indignación que concibió Chacuumare desde entonces contra la nación achagua, a cuyos miembros tildó como cómplices de la invasión caribe. Desde ese momento tomó la determinación de perseguirlos a sangre y fuego hasta exterminar al último descendiente. Antes de retirarse más allá de Mocco, sabanas adentro, reunió un escuadrón conformado por chiricoas y sus hermanos sikuanis, y cruzando una noche el Grametha, en la madrugada atacó a los desprevenidos achaguas. La guasábara duró todo el día hasta que las víctimas, viendo como mermaban sus fuerzas, huyeron al caer la noche por el Paujoto, aguas arriba.

Chacuumare se organizó en Airico y una vez que se sintió con un poderoso ejército cruzó nuevamente el Grametha llevando adelante su carnicería achagua por muchos años, cebándose especialmente con los niños, a quienes introducía en un pilón y los hacía majar a golpes como si fueran maíz; otros eran ensartados por el ano en agudas guaduas, atravesándoles el cuerpo para romper sus entrañas. De esta manera pensaba en acabar con toda la nación

achagua, y solamente perdonaba la vida de las mujeres que decidía tomar por esposas.

Una de ellas fue Catalina, achagua del Cassanarí, cristianizada por los *barbasblancas* de Pore, con quien se casó Chacuamare y tuvo un hijo a quien llamó por su nombre. Esta fusión sanguínea, y que el cacique no previó, vino a poner fin a tan sangrienta reyerta después de casi cincuenta años. En efecto, una vez que Chacuamare hijo tuvo edad para casarse tomó por mujer a otra achagua poreña y, enterándose de la verdad de cómo habían sucedido las guerras muchas lunas atrás, apoyado por las dos mujeres que tanto amaba, presionó al cacique, su padre, insistiéndole en que aquel acto guerrero de los caribes contra los chiricoas, en nada estuvieron involucrados los achaguas. Antes bien, la tradición contaba que sus hermanos de sangre habían prevenido a Chacuamare y él había tenido oídos sordos y se había burlado de las *cabelleras largas*.

Por fin se ablandó el corazón del anciano cacique chiricoa y delegó en su hijo todas las acciones que condujeran a una paz duradera con los achaguas. Chacuamare hijo envió emisarios al otro lado del Grametha para ir preparando el encuentro entre las dos naciones, la Cassanarí y la del Mocco. El día del acuerdo, los achaguas se juntaron en las costas del Guanapalo, en un banco de sabana, organizados en una sola fila cerca de trescientos guerreros engalanados con los mejores atuendos. Al medio día llegaron los chiricoas. Los caciques de las dos naciones se sentaron a la sombra de una enramada de moriche mientras sus guerreros, organizados en dos largas filas, mirándose los unos a los otros, se iban narrando los agravios que habían tenido que padecer durante muchas lunas; a medida que se enardecían alzaban con fiereza sus macanas descargándose fuertes golpes, unos contra otros. Las mujeres por aparte se embestían con ira, cogiéndose por el cabello y dándose azotes con lo primero que encontraban. Brutal costumbre para las *babas* de sotana negra, pero tan lógica para estas naciones: así se selló la paz entre achaguas y chiricoas.

